

Una miscelánea

Un librero

ÁLVARO CASTILLO GRANADA
Penguin Random House, Bogotá, 2017,
133 pp.

QUIEN DECIDE dedicar su vida a la compraventa de libros de segunda mano pertenece a una rara estirpe de comerciante con prioridades vitales diferentes a las de sus pares convencionales. Es un camino solitario y un proceso autodidacta que nunca termina pues siempre habrá novedades que aprender. No existen escuelas de libreros ni cartillas para serlo y a casi todos el azar los lleva por fuerza al oficio; el librero es un comerciante muy particular, con una mística sui géneris, tanto que acumular fortuna nunca será su objetivo central, razón por la cual muchas veces debe redondear sus ingresos haciendo otras cosas. Y si bien se trata de un oficio romántico, también hay muchos libreros mediocres. El librero Álvaro Castillo es quizá el más mediático de quienes en Colombia se dedican a esta singular actividad; tiene además una considerable trayectoria como editor —Ediciones San Librario y Ediciones Isla de Libros—, así como varios libros publicados, siempre en sus propias editoriales y con tirajes muy reducidos.

El volumen que se reseña es una reunión de textos de tres tipos y está conformado por dos partes y un epílogo. La primera parte reúne seis cuentos de extensión y calidad desiguales. Principia “La piel suave”, un relato compuesto con material autobiográfico personal y profesional que responde a la pregunta que muchos clientes se hacen, cuando entran a una librería de segunda mano, en torno al lugar de donde proviene todo el inventario. Por una paradójica concepción de la comodidad, a medida que se hacen mayores en edad las familias disminuyen el tamaño y cambian la ubicación de sus espacios vitales, pasando de habitar en casas amplias y centrales a hacerlo en apartamentos pequeños y suburbanos; además de los muebles grandes, los libros siempre son objetos de los que se prescinde con facilidad en las mudanzas. Ese es el ciclo del libro usado. Los libreros visitan esas casas y pescan en el río revuelto de los trasteos, de donde

resultan muchos materiales bibliográficos que entran de nuevo a circular en el mercado, libros que son encontrados por clientes que los compran y los mantienen hasta que para ellos también se vuelven una carga y se inicia de nuevo el ciclo. El relato conjuga dos historias de amor en paralelo, la del librero y la del marido de la proveedora, entre fotografías dedicadas y poemas de Pedro Salinas. Con este cuento, Castillo ocupó el tercer lugar en el VI Premio Nacional de Cuento La Cueva en 2017.

Sigue “Los sonetos”, cuyo narrador (bastante rebuscado) es el mismísimo libro protagonista, que comparte su propia singladura; se trata de un ejemplar de la selección y traducción que hiciera para Losada el escritor Manuel Mujica Láinez de los *Sonetos* de Shakespeare, volumen que en algún momento perteneció al poeta León de Greiff. Este cuento obtuvo una mención en un concurso internacional en Cuba, en 2012. “Como todo en la vida” trata acerca de un ejemplar de *Último round*, de Julio Cortázar, dedicado y autografiado por él. Una propietaria lo vende a un comprador callejero de esos que van pregonando por los barrios, quien lo revende al “librero calvo” (p. 42), quien a su vez lo revende. Son constantes e innecesarias las alusiones autorreferenciales del librero-autor-protagonista: “Te describió exactamente: calvo, barbado, con gafas redondas y una cantidad de pulseras en las muñecas” (pp. 52-53). “El amante de lady Chatterley” y “La foto” son anécdotas graciosas, no exentas de curiosidad y picardía pero demasiado cortas; quizá hasta prescindibles dentro del conjunto. Estos dos textos se hubiesen podido trabajar con mayor brío y con seguridad tienen aristas que por alguna razón (comodidad, temor, exceso de confianza) no se ahondaron. “La victoria”, sexto cuento, es el mejor de la sección: en un monólogo en estilo indirecto libre, la voz protagónica que narra está contestando las preguntas tácitas de un entrevistador a quien le replica constantemente. El personaje principal, el colombiano Alberto Troncoso, hace un repaso histórico sobre la visita de Fulgencio Batista a Chile durante la década de 1940.

La segunda parte está compuesta por cinco textos alrededor de ejemplares raros y curiosos; un mínimo

muestrario de las felices casualidades que ha tenido Castillo como librero a lo largo de su carrera, cuando ha encontrado libros que estaba buscando o que ni siquiera sabía que existían. Sin embargo, más que la faceta del librero que comercia con libros, se evidencia la del coleccionista que va acumulando tesoros. En “José Rogelio Castillo”, el librero va a Cuba, allí se encuentra con la *Autobiografía del general José Rogelio Castillo* y, dada la casualidad de compartir el mismo apellido y la misma nacionalidad, adopta candorosamente al militar como antepasado. “Ahí pero dónde, cómo” se ocupa de una anécdota alrededor de *Conversaciones con un sacerdote colombiano (puntos de choque con la Iglesia)*, de Rafael Maldonado Piedrahita debatiendo con Camilo Torres Restrepo. “De Julio para Calvert” se trata de un ejemplar de *Las armas secretas*, dedicado por Julio Cortázar a Calvert Casey. “Siempre, Che” es el hallazgo de un tomo, “el cinco, el cinco, el único que me falta” (p. 99), de *El Che en Bolivia*, de Carlos Soria Galvarro. “Celia, presa” es el último y el mejor texto de la sección, pues conjuga con oportunidad y ponderación la pasión bibliófila de un cliente real con el oficio de librero.

El epílogo lo conforman cinco textos en clave elegíaca, en los que el librero hace homenaje a sendos colegas. “San Lázaro, 1101” trata acerca de un librero mudo llamado Pimentel. En “Guillermo Martínez” recuerda al poeta y librero huilense, sus convergencias, el trabajo de selección de material para una antología de poetas rusos que hicieron en conjunto y un disgusto (quizá discrepancia, quizá pleito) cuyos detalles se reserva Castillo en un alarde público de pudor: “Antes fuimos amigos, pero ahora, por motivos que no vienen al caso, no” (p. 121). “Según pasan los años” es la memoria de un padre y su hijo, ambos libreros, ambos cubanos. “Mauricio Contreras” evoca a un veterano del libro bogotano, hombre tranquilo, sabio y generoso. “El más librero de los libreros de la plaza” es un homenaje a un librero llamado Juan Carlos y, de paso, a todos los colegas cubanos.

“Librero” es una palabra que puede referirse a una persona que compra y vende libros, y al mueble que sirve para ponerlos. Este libro tiene ligeramente

CUENTO		RESEÑAS
<p>de ambas acepciones: es un volumen misceláneo con cuentos, crónicas y perfiles que gira alrededor del vasto universo de los libros de segunda mano, pero el título es equívoco y engañoso. Trata más acerca de las aventuras de un coleccionista y de una biblioteca personal, que de un comerciante y una librería. Una cosa es comprar y vender libros a la clientela, cumplir sueños ajenos y dar placer a otros, vía lectura o posesión, y otra engolosinarse con detalles de iniciado como los autógrafos, las dedicatorias y demás fetiches de bibliófilo.</p> <p>Hay una evidente predilección por Cuba (tres textos de la primera parte y dos de la segunda), pero la mirada de Castillo sobre la isla es ingenua y miope. Tiene un profundo afecto por esa tierra, pero ausente de compasión por sus gentes o de opiniones sobre el régimen. Hay un momento emotivo —cuando el librero lleva un atlas de regalo a un colega—, exento de una pregunta elemental: ¿por qué en Cuba no circulan ciertos libros y, en consecuencia, ciertos autores? Para Castillo, Cuba es un territorio donde ir a comprar, encontrar gangas, nunca para juzgar, debatir o defender. Es una versión idílica diferente a algunas posiciones menos cómodas que pueden leerse en obras, más o menos recientes, de autores cubanos de ficción y no ficción: <i>La fiesta vigilada</i> (2007), de Antonio José Ponte; <i>La casa y la isla</i> (2016), de Ronaldo Menéndez, y <i>La tribu: retratos de Cuba</i> (2017), de Carlos Manuel Álvarez, entre otras.</p> <p>Hay aciertos en lo formal, en el estilo y la estructura de los relatos. Se destaca más el nivel técnico que la construcción de atmósferas y anécdotas, aunque por momentos la narración es cursi y grandilocuente:</p> <p style="padding-left: 2em;">Cada vez que alguien me toma entre sus manos, me ojea y decide comprarme (o robarme) es, en definitiva, para hacer parte de su biblioteca. Los libros viajeros hablamos mucho porque somos testigos de un mundo que fluye y cambia. Y nos gusta contarlo todo, chismosos que somos. (p. 26)</p> <p>Este es un libro de ficción y de no ficción, y quizá en ese maridaje heterogéneo radica su principal defecto: tiene cuentos, algo de memorias, anécdotas</p>	<p>alrededor de la bibliofilia, esbozos sobre libreros muertos. Es un cajón de sastre, un collage, o mejor dicho: el librero de un librero.</p> <p style="text-align: right;">Carlos Soler</p>	